

NACIONALISMO Y SOCIALISMO: JORGE ABELARDO RAMOS Y LA “IZQUIERDA NACIONAL”

Omar Acha y Ariel Eidelman

Publicado en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, n° 13, 2000, pp. 100-122.

Los fundamentos marxistas de una política nacionalista

La razón por la cual, a nuestro entender, la figura de Jorge Abelardo Ramos y su tradición política, la *Izquierda Nacional (IN)*, ameritan una preocupación histórica por parte de quienes estamos interesados en el estudio de la izquierda argentina, es que su figura constituye un eslabón destacado en el proceso local de fusión entre la izquierda y el nacionalismo¹.

Ante ese proceso que fue generalizado, la especificidad de Ramos y la tradición que él llegó a hegemonizar como principal figura pública y divulgador, pasa por la autodefinition socialista de su identidad política, su particular estrategia cultural-intelectual, y la anticipación en varios años en el derrotero que la mayoría de la izquierda local asumiría, en la relectura y revalorización del peronismo².

El objetivo es, a través del estudio de la figura de Ramos y la *IN*, tratar de entender y explicar como fue posible y ‘normal’ para distintas expresiones de la izquierda argentina asumir crecientemente la identidad nacional-populista desde 1955, ante la radicalización del peronismo, la consolidación de la identidad peronista de la clase obrera³ y a partir de un marxismo fuertemente fusionado con el nacionalismo, como lo era el de la III Internacional.

Partimos de la consideración de que la tan denostada *Izquierda Nacional* no constituye un caso aberrante, sino tal vez la experiencia más extrema de un proceso generalizado y que caracterizarla como ‘nacionalismo de izquierda’, no resuelve los problemas implicados por su existencia. Una denuncia en esos términos solamente parece servir para tranquilizar la conciencia de las tradiciones que no fueron tan lejos como la *IN* y obtura la posibilidad de problematizar los desarrollos ideológicos, políticos y sociales que permitieron su existencia y habilitaron su crecimiento. Consideramos más productivo tratar de explicar su desarrollo, que denunciarla como una deformación o un error de la historia⁴.

La *Izquierda Nacional* tiene sus orígenes ideológicos en los desarrollos teóricos y políticos de la izquierda local de los años 30, que conoció por esos años uno de los primeros debates importantes de la historia argentina entre socialistas y nacionalistas, sobre la relación entre imperialismo y nación. Básicamente esa tradición tiene sus raíces en la discusión al interior de los pequeños grupos trotskistas⁵ y de manera destacada en la figura de Liborio Justo, quien estaba fuertemente influenciado por la prédica contemporánea de FORJA⁶ y el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) peruano⁷, quienes ejercían por esos años un impacto importante en muchas de las organizaciones de la izquierda.

El debate se extremó en la antinomia revolución socialista o liberación nacional. Esa alternativa teórica había sido abierta a partir de la expansión del capitalismo a una escala mundial y la creciente consolidación de estados-naciones, dominios y colonias,

como superestructuras condicionadas por bases materiales estricta o hegemónicamente capitalistas. Desde el momento en que el capitalismo no surgió de manera autónoma en todo el mundo, el problema del atraso fue una constante para la táctica y estrategia marxistas. Todas las generaciones marxistas tuvieron que repensar ese problema para su propio contexto, y el creciente disciplinamiento de la III Internacional bajo el estalinismo hacia fines de los años 20's obturó esa discusión para los comunistas. Por ello fueron los trotskistas argentinos, quienes en ese momento histórico y en el plano local, expresaron esa tradición de manera más cabal.

Si el reconocimiento o no del carácter (plenamente) capitalista de la Argentina y de la tarea de la liberación nacional obligaba a tomar caminos alternativos, fue el surgimiento del peronismo y de la antinomia estructural a la que dio lugar, lo que condujo a la militancia trotskista más predispuesta a pactar ideológica y políticamente con el nacionalismo, a avanzar de forma creciente en la fusión con esa cosmovisión⁸.

Las revistas *Octubre*, en la que tuvo una participación destacada Ramos, y *Frente Obrero*⁹, dirigida por Aurelio Narvaja, fueron las principales expresiones de esos grupos de origen trotskista, y marcaron el surgimiento, en términos estrictos, de la *IN*. En ambas revistas, aparecidas en 1945, es bastante marcada la apropiación de concepciones y temas caros a FORJA o al APRA, como ser la reivindicación del radicalismo yrigoyenista, la tesis de la balcanización de América Latina, la utilización del concepto de 'Revolución Nacional', el análisis del golpe de 1943 como un enfrentamiento de la burguesía nacional con el imperialismo y el reconocimiento de un carácter progresista en el peronismo.

En *Frente Obrero* pasado y presente se ligaban para otorgar sentido a la realidad política: "La verdad es que Perón, al igual que antes Yrigoyen, da una expresión débil, inestable y en el fondo traicionera, pero expresión al fin, a los intereses nacionales del pueblo argentino"¹⁰. Aunque las críticas a Perón abundan en el primer número de *Octubre*, un redactor reconocía que "los sucesos del 17 y 18 de octubre deben ser interpretados como una manifestación de la relativa fuerza de la nueva corriente 'nacional' frente a la vieja oligarquía"¹¹.

Durante la década iniciada en 1945 esas agrupaciones no pudieron competir políticamente con el peronismo, y más allá de algunas vinculaciones particulares con el movimiento obrero¹², se consolidaron como pequeños grupos de discusión y de intelectuales que brindaban su 'apoyo crítico' al régimen. Reflexionando sobre la coyuntura de 1945, Ramos escribía un año después: "En una lucha en la cual intervenían desnudamente el imperialismo yanqui y la burguesía nacional industrial de un país semicolonial, con el apoyo de amplias masas, era el deber de los revolucionarios apoyar críticamente a la burguesía del país semicolonial"¹³. Su actividad básica era propagandística y consistía en la publicación de revistas y libros que tenían a la pequeña burguesía por destinataria.

Con el nuevo contexto brindado a partir de 1955 por la exacerbación de la lucha de clases y en pleno debate sobre la significación del peronismo¹⁴, la *Izquierda Nacional* pudo desarrollar de manera ventajosa la estrategia cultural para la cual estaba mejor preparada. Esa fue una constante en esa tradición: el fracaso como movimiento capaz de obtener un apoyo político masivo¹⁵ y un importante éxito en su capacidad de repercutir sobre la sociedad argentina de la época con un discurso ideológico y una concepción del pasado y la realidad 'nacionales'. Ventajas que eran propias de la cosmovisión nacional-populista: la de construir discursos e imágenes simplistas, dicotómicos, y fuertemente estereotipados con una poderosa capacidad de influir sobre el sentido común y la opinión pública, a partir de un contexto propicio, y el que estaba definido por el posperonismo lo era.

El conjunto de personas que estuvo ligado a las revistas antes mencionadas realizó, ya desde antes del fin del régimen peronista, una importante labor editorial para difundir sus ideas. Crearon varias editoriales a partir de las cuales sistematizaron y divulgaron sus concepciones políticas e historiográficas. Simbólicamente la primera editorial, creada en 1945, homenajeaba en su nombre a la revolución rusa: Octubre, pero ya la segunda, de 1949, asimilaba en su denominación una bandera del APRA: Indoamérica. Octubre había publicado sólo la revista homónima, el primer libro de Ramos y distribuía algunos textos de Trotsky, pero Indoamérica presentó hasta 1955 y junto a libros del fundador de la IV Internacional, textos de intelectuales nacionalistas como Víctor Raúl Haya de la Torre y difundió trabajos de los miembros de la corriente. Ya en los 60's crearon Coyoacán, que entre 1961 y 1963, incluyó nuevamente clásicos del marxismo, pero tuvo entre sus principales autores a Arturo Jauretche. Hasta los 80's la corriente estuvo contantemente provista de editoriales¹⁶.

Esa producción tuvo una importante repercusión en los ámbitos intelectuales, inclusive académicos, y brindó muchas de las herramientas conceptuales y teóricas que permitieron a la nueva izquierda construir un nuevo marco de referencia para operar políticamente sobre la realidad argentina. La mutua influencia con los exponentes del nacionalismo popular y revolucionario, expandía la influencia de sus ideas, reduciendo el reconocimiento estricto de su origen¹⁷.

Jorge Abelardo Ramos representa a lo largo de varias décadas la principal figura pública de esa corriente de opinión, y fue inspirador y organizador de sus principales experimentos políticos y editoriales. Inclusive su obra personal como intelectual, constituye el cuerpo de pensamiento más importante, destacado e influyente de esa tradición¹⁸. Él fue quien planteó en términos intelectuales y teóricos, la fusión del marxismo y el nacionalismo, coherente con la transición y trayectoria de la corriente, desde la izquierda tradicional, a una versión fuertemente fusionada con el nacional-populismo.

Ramos ingresó al mundo organizativo del trotskismo local, al mismo tiempo que asumió el marxismo hacia 1938-1939, y lo hizo acercándose a quien puede ser identificado como su principal influencia ideológica y teórica: Liborio Justo. De éste, Ramos tomó las coordenadas marxistas, que a partir de la centralidad de la cuestión nacional y la necesidad de la liberación nacional, le permitieron, años después, apropiarse de la tradición del nacionalismo popular¹⁹. Justo ya había sentido esa influencia en su propia concepción y pasó a Ramos la denuncia de la izquierda tradicional como antinacional, la reivindicación del yrigoyenismo y un latinoamericanismo, en este caso, derivado de la Reforma Universitaria del 18²⁰.

La penetración de Ramos y sus ideas en el campo cultural argentino se basó, ya desde los años 50's, en una fuerte exposición pública desde el trabajo periodístico en diarios de circulación masiva, como *Democracia* y *El Laborista*. Posteriormente sumó la constante publicación de libros, una sólida política editorial de ediciones populares, charlas y conferencias, que en los 60's lo llevaron desde locales ignotos a dar cursos extracurriculares en la UBA, y su mayor éxito, la difusión masiva de un discurso historiográfico, que le valió el reconocimiento como ensayista e historiador, por parte de los medios de comunicación y los intelectuales locales, quienes en los 70's lo incluyeron en las bibliografías de las carreras universitarias.

Para demostrar la apropiación de un espacio tan específico como el que postulamos que ocupa después del 55, es necesario seguir las huellas de su obra principal *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, de 1957. Ese libro conoció más de 10 reediciones en las décadas siguientes. Las primeras 3 ediciones, entre 1957 y 1965 habrían vendido más de 20.000 ejemplares²¹ y entre 1972 y 1974 conoció 3

ediciones más²². Pero más impresionante que las cifras de venta o la cantidad de ediciones de su obra más famosa, fue la repercusión que alcanzó rápidamente en el campo cultural local y el reconocimiento que logró en los medios de comunicación.

Tanto la obra como su persona generaron artículos, críticas y menciones. El libro conoció una reseña de Jauretche en la revista *Qué*²³ y otra de Milcíades Peña en *Estrategia*²⁴. Entre 1957 y 1960, la figura de Ramos es tratada por artículos de varias revistas de todo el espectro político, aparte de las ya mencionadas: *Azul y Blanco*, *Mayoría*, *Encuentro*²⁵, *Cuadernos de Cultura*²⁶ y *Santo y Seña*²⁷. A su vez, su figura fue sancionada como influyente por el importante espacio que ocupó en libros como el de Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional* (1960) y la participación en la encuesta de Carlos Strasser, *Las izquierdas en el proceso político argentino*, (1959), que legitimó a sus participantes como referentes de la izquierda local, en especial a quienes no eran dirigentes de partidos tradicionales.

Lo que esa estrategia de permanente impacto sobre la ‘esfera pública’ difundía, y popularizaba era una concepción de la realidad ‘nacional’, de su pasado y de las tareas que demandaba para su presente y futuro, fundada en una particular fusión de su lectura del marxismo con la cosmovisión nacional-populista. Ambas fuentes de inspiración, lejos de conocer un equilibrio, tendieron a marcar su obra de manera desigual, en forma coherente con su transición personal de la izquierda marxista al nacionalismo.

Desde 1945, Ramos definió su posición respecto de la cuestión nacional²⁸. A partir de ese momento, consolidó una concepción que mantuvo, a grandes rasgos, durante décadas²⁹, y que expresó por primera vez desde su primera empresa editorial: la revista *Octubre*³⁰. La mayoría de los artículos y análisis de esa publicación ponían en el centro de sus preocupaciones la cuestión nacional y la vinculación entre burguesía nacional e imperialismo. En ese sentido, y desde su primer número de noviembre del 45, los artículos firmados por Ramos expresaron una fuerte apropiación de la forma en que comprendía el problema nacional Liborio Justo y de concepciones de FORJA.

Básicamente, su postura entre 1945 y 1947 defendía la absoluta centralidad del imperialismo para la comprensión del capitalismo y la política internacional, la tarea de la liberación nacional y el reconocimiento de la división del mundo en naciones opresoras y oprimidas, ante lo cual, los fenómenos nacionalistas eran valorados inversamente según su lugar de origen³¹. Esa concepción que no se distinguía de la ortodoxia ‘marxista-leninista’, sólo estaba alterada por una insistente reivindicación del proyecto bolivariano, “los explotados de América Latina son los herederos de Bolívar”³², justificada en la recomendación de Trotsky de luchar por los Estados Unidos Socialistas de América Latina, la incorporación de algunas herramientas teóricas del creador de la IV Internacional y, básicamente, sus conclusiones.

Tras una retórica que destacaba la impotencia de la burguesía nacional y la centralidad de la clase obrera, Ramos justificaba la necesidad de apoyar al gobierno peronista, con un discurso en el que, muchas veces, era difícil distinguir la defensa de la apología.

Aunque las fuentes que reivindicaba eran estrictamente no stalinistas: Lenin, Trotsky y los primeros 4 congresos de la III Internacional, muchos aspectos de su concepción tenían una deuda importante con las nociones que la Comintern difundió e impuso en el movimiento comunista internacional, durante la segunda mitad de los 20’s. Por ejemplo, la caracterización de la Argentina como una semicolonias, no aparece en Lenin, como Ramos creía³³, sino que se debía a las definiciones del VI Congreso de la Internacional de 1928. Ese congreso consolidó la centralidad del antiimperialismo para el movimiento comunista internacional, aspecto que se volvió determinante para los Partidos Comunistas latinoamericanos a partir del VII Congreso de 1935.

Si la tensión entre nación y clase existía ya en Lenin, la III Internacional se ocupó de reforzarla. Hacia fines de los 20's, transformó en ortodoxia para todo el movimiento comunista internacional una concepción etapista del desarrollo y, consecuentemente, de la revolución, en la que se implicaba para el antiimperialismo una condición revolucionaria y anticapitalista. La versión dogmática que la Internacional Comunista difundió del pensamiento de Lenin implicaba reconocer la contradicción fundamental de la época contemporánea entre el imperialismo y las clases, pueblos y naciones oprimidos y esa visión es la que más se acercaba a la concepción de Ramos. Para éste la contradicción principal de la sociedad argentina pasaba por el enfrentamiento entre la nación y el imperialismo, que encontraba junto al enemigo 'extranjero' a la oligarquía terrateniente y una parte de la burguesía contra el pueblo o Frente Nacional encarnado en el proletariado, la pequeña burguesía y la burguesía nacional³⁴.

Al mismo tiempo, un concepto que será central en la interpretación de Ramos como el de burguesía nacional, sólo conoció una utilización aleatoria y asistemática en Lenin y recién adquirió un sentido estricto, como una fracción enfrentada estructuralmente al imperialismo, a partir de su utilización por la Comintern. Igual reflexión se puede hacer del concepto de imperialismo que Ramos utilizó, más cerca de una visión conspirativa con un enemigo extranjero y omnipotente, que del sentido que le dio Lenin como sinónimo de capitalismo³⁵ y las poquísimas citas³⁶ del revolucionario bolchevique en las que Ramos legitima su interpretación del imperialismo como fuente de atraso y como un fenómeno opuesto al desarrollo del capitalismo, contradicen el reconocimiento explícito que Lenin hacía del imperialismo como una etapa superior del capitalismo, esto es progresiva, justamente porque expandía las relaciones capitalistas³⁷ y aceleraba el desarrollo.

Aunque los parámetros básicos de su interpretación de la cuestión nacional permanecieron estables por muchos años³⁸, Ramos realizó cambios y modificaciones que no fueron menores. Por ejemplo, a pesar de que en 1945 sostuvo que "toda ilusión sobre un desarrollo 'independiente' de la economía de un país atrasado en la época imperialista, es una irremediable quimera reformista"³⁹, él acusaba al imperialismo precisamente de ser "el más poderoso freno para los países atrasados que desean alcanzar el nivel económico posibilitado por la técnica"⁴⁰ y con el tiempo, más explícitamente, de deformar el desarrollo independiente y autónomo de la Argentina⁴¹. De la misma forma, si originalmente defendió la necesidad de unir las tareas democrático-burguesas con las socialistas en una revolución permanente, pocos años más tarde la centralidad y defensa de la 'revolución nacional y popular'⁴², acercaron sus posiciones, de manera jamás reconocida, a las del PC.

Durante algunos años, y ante el contexto brindado por la caída del peronismo y la 'traición Frondizi', Ramos postuló la expulsión de la burguesía del Frente Nacional y radicalizó su discurso⁴³, pero esto no tuvo una práctica consecuente, salvo la denuncia de quienes asumían la identidad peronista o practicaban el entrismo en el movimiento justicialista, ya que la *IN* brindó su apoyo electoral al peronismo.

Si su deuda teórica y política con el marxismo del PC era importante y los presupuestos de su concepción general no se distinguían de los de la mayoría de la izquierda, su reiterado apoyo a las realidades políticas burguesas, desvanecían crecientemente su prédica anticapitalista y despertaban el ataque y la denuncia del resto del espectro socialista.

Esas denuncias y ataques no quedaban sin respuesta. Desde los años 50, Ramos y la *IN* realizaron una sistemática crítica de la izquierda tradicional, que rápidamente pasó de basarse en parámetros trotskistas o socialistas revolucionarios a utilizar criterios

nacionalistas⁴⁴. En su estrategia de legitimación, la disputa con los partidos tradicionales de la izquierda por la monopolización de la tradición común, ocupaba un lugar destacado.

Si bien nada pudo desviar la atención que el PS y el PC generaban en la *IN*, con los años se sumó la diferenciación y crítica de la nueva izquierda. En este aspecto se destacaba la explicitación de importantes diferencias respecto de la valoración de la revolución cubana. Si la reivindicación de la experiencia castrista, como ejemplo de revolución nacional y social, era un aspecto importante de la definición de la *IN* en los 60's, no era menos destacada su denuncia del voluntarismo, 'el guerrillerismo' y 'el aventurerismo'⁴⁵. Era una deuda con el origen trotskista del grupo y dificultó el reconocimiento por parte de la nueva izquierda nacional-populista, de Ramos como uno de sus principales precedentes ideológicos⁴⁶.

Pero las políticas de la *IN* no dejaron de ser cuestionadas. Tras la reivindicación del régimen peronista, la *IN* brindó su apoyo 'crítico y condicional' a Arturo Frondizi⁴⁷. En 1960, Ramos saludó la visita al país del general Eisenhower como 'enviado del pueblo norteamericano'⁴⁸. Años después la organización política de la *IN* tardó varios meses para denunciar el gobierno de Onganía⁴⁹ y reivindicaron y acompañaron al tercer gobierno peronista, *in toto*, del 73 al 76.

Las contradicciones originadas por el contraste entre postulados teóricos que marcaban la centralidad de la clase obrera, aunque siempre dentro de un Frente Nacional, y la práctica cotidiana de apoyo a los procesos políticos burgueses, inclusive los abiertamente reaccionarios como el de Isabel Perón, fueron una constante en la política de Ramos y la *IN*.

Nación y marxismo en una perspectiva historiográfica

La particular amalgama de marxismo y nacionalismo fue tan importante en la comprensión histórica como lo fue en la política. Y es que el saber histórico para Ramos implicaba una vinculación estrecha y vigorosa entre narración 'fáctica' e identificación con el objeto. La escritura historiadora tal como se la representaba no se limitaba a la descripción de procesos o acontecimientos tales o cuales, sino que ellos sólo encontraban inteligibilidad y razón de ser en una estructura donde se les otorgaba un *sentido*.

La escritura de Ramos se entiende bien como una *inscripción historiográfica de una voluntad política*. No había en su estrategia una intención de legitimación en la 'tribu de los historiadores'. El saber histórico era más bien un insumo polémico que fortalecía su interés básicamente organizativo: la construcción de una alternativa política socialista de tipo nacionalista donde él estuviera, naturalmente, muy bien ubicado.

La maduración de la concepción historiográfica de Ramos estuvo marcada por la emergencia del peronismo, y la presentación de su obra mayor, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, une con la mayor pretensión de funcionalidad su esfuerzo historiográfico con un deseo político: "Las derrotas [del proletariado] no harán sino templarlo para la gran batalla. Pero como en toda derrota, se impone profundizar sus causas: ése es el secreto de la próxima victoria. Al servicio de esa tarea fue escrito este libro"⁵⁰.

Por otra parte, existía también en su preocupación histórica una legitimación de sí como *intelectual*. Ciertamente, no como un intelectual académico, figura contra la

cual siempre descerrajó las más despectivas alusiones. Ramos se consideraba, al menos hasta los años 80, un intelectual intérprete de los intereses de la clase obrera y a través de ella de la nación. Esa función era posible, en la imaginación de Ramos, bajo el modelo de Lenin, es decir del estudioso con claridad táctica y estratégica, que teoriza y escribe como contribución a la revolución. Ramos no se presentó nunca como un obrero, y la figura del intelectual orgánico, que comparte las experiencias y organiza junto a los demás, no fue una retórica en él persistente. Desde su posición de intelectual, sin perder esa condición, Ramos ejercía la actividad historiadora. La virulencia de sus ataques contra oponentes de otras perspectivas históricas asumieron, por este motivo, particular importancia. Tal capacidad polémica se comprende bien en el marco de su crítica de la intelectualidad⁵¹. En efecto, su preocupación histórica pretendía desligarse radicalmente de lo que él entendía como prácticas imitativas y extranjerizantes de casi toda la intelectualidad argentina. La historiografía existente también llevaría las marcas de la sumisión al imperialismo cultural.

Así como J. L. Borges se arrodillaría ante la escritura inglesa y alemana, Bartolomé Mitre construiría su historiografía en beneficio de su predilección por todo lo extranjero. Toda la historia de la historiografía correspondería a la historia de la violación del sujeto histórico de Ramos: la nación. Puesto que la nación tenía un origen remoto y puesto que la contradicción central de la política, la economía y la cultura consistía en el enfrentamiento entre el imperialismo y la nación, los conflictos de la actualidad eran, básicamente, los mismos desde su surgimiento. He aquí la conexión vigorosa que Ramos plantea entre la historiografía y la política, entre el pasado y el presente.

“La historia escrita del continente”, planteaba Ramos, “fuera de raras contribuciones parciales, estuvo contraída a elaborar una imagen desfigurada e iconográfica de nuestro pasado, bajo la presión de los mismos intereses que adulteran la realidad de hoy”⁵². La crítica de la representación histórica era, de tal manera, una crítica de la representación del conflicto entre nación e imperio que aun a mediados del siglo XX aquejaba a la nacionalidad. Desde luego, esta tarea imperialista de manipulación ideológica del pasado no se limitaba a falsificar un relato, sino que desarmaba a las conciencias para una destrucción del estado de dominación. Mientras que la intelectualidad ‘cipaya’ aceptaría gustosa la sustitución de los valores nacionales por los extranjeros, la falsificación de la historia tendría efectos mucho más perniciosos entre quienes podrían, por su situación de clase, intentar una modificación del estado de cosas, es decir, reafirmar la independencia de la nación. “El imperialismo”, nos dice Ramos, “no ignora que la conciencia histórica es el pre-requisito de toda conciencia nacional; de ahí que los centros nerviosos de la cultura argentina continúen bajo el control espiritual de los intereses antinacionales”⁵³. Este señalamiento alejaba la preocupación histórica de una exigencia académica para inscribirla en la agenda política.

De la batería teórica del marxismo Ramos utilizó en diversos momentos aquellos conceptos más importantes⁵⁴. En efecto, de los modos de producción se ocupó repetidamente (en especial en su intervención en la polémica Puiggrós-Gunder Frank⁵⁵) y las referencias en otros textos no son raras; de “relaciones de producción” se interesó menos que de “fuerzas productivas”; de las clases sociales y de la lucha de clases trató particularmente a partir del siglo XX; de las facciones e individuos como limitadas en sus posibilidades por la pertenencia o apoyo de las clases está plagada su obra; la relevancia de la economía fue la piedra de toque final de todos sus análisis. Si bien en algún momento dictaminó que la lucha de clases es el “motor de la historia”⁵⁶, tuvo más efectos y fue más decisiva a lo largo de sus obras la creencia de que son “los poderosos

resortes económicos no siempre visibles [los] que constituyen el trasfondo histórico del drama argentino”⁵⁷.

De la convicción nacionalista, desde luego, aprende a tematizar la nación, y como su contrapartida permanente, la amenaza colonialista. Puesto que su nacionalismo era básicamente populista, este no se fundaba en las élites sino en las masas. Por las condiciones de la Argentina, esta predilección se trastocaba en un enfrentamiento entre el Interior y el Litoral-y-Buenos Aires⁵⁸. De esta matriz es que los individuos, más representantes de opciones respecto a la nacionalidad que a la clase social, adquirían su significado decisivo. Si la creencia marxista fortaleció en Ramos la confrontación de la acción humana con las posibilidades económicas y las clases, el fundamento nacionalista amplificó la responsabilidad de los individuos. En efecto, los individuos totalizan las (generalmente dos) actitudes elegidas en el choque entre Nación e Imperialismo.

La oposición fundante en Ramos era aquella entre la *nación* y el *imperio* que intenta sojuzgarla. Esa condición era la propia de su historia: la historiografía deberá contar las peripecias de esta titánica disputa. Si bien los caracteres culturales eran importantes para la comprensión de la nacionalidad, el fundamento de la misma era la unidad económica. Para Ramos lo que hoy se denomina América Latina (excluido el Brasil) y España formaban una unidad nacional que fue “balcanizada” por los intereses imperialistas ingleses. Su significado más profundo y efectivo a largo plazo de la emancipación de la península fue la desintegración de la nación hispanoamericana, que condenó sus economías a la dependencia⁵⁹.

La escritura histórica de Ramos poseía una cualidad narrativa que denominamos “dramática”, puesto que cuenta las peripecias de un sujeto que posee valores indudablemente positivos, y que es sometido a diversas pruebas en su camino hacia un *final feliz*. Ese final no sería otra que la recuperación de una esencia antes arrebatada. La lectora o el lector “ideal” de los textos son constituidas/os como partidarias/os de una lucha que, en todo momento, pretende *conmover e indignar* a quienes participan, junto a un autor que escribe *como argentino*, de las virtudes de la nacionalidad. Ramos empleaba artilugios escriturarios para interpelar constantemente -aunque de manera indirecta- a quien lee para que tome partido⁶⁰.

Ramos no oculta que su *parti pris* es previo a la escritura de los libros. Él acompañaba la fenomenología de la nación y tendía los puentes hacia su redención. Como esta poseía una aspiración pensada en términos marxistas “nacionales”, la emancipación de la nación era vista como el desarrollo efectivo de las fuerzas productivas siempre detenidas por el imperialismo, por la independencia de toda intrusión política o económica extranjera, y finalmente por la construcción de un estado socialista latinoamericano.

Que Ramos escribiera una historia que era básicamente política, entonces, fue coherente con sus objetivos pragmáticos⁶¹. La diferencia histórica interpelaba a quien lee en tanto es testigo de los renovados atropellos contra la nación. Además, Ramos en muchos casos parecía otorgar a las resistencias “nacionales” al progreso económico capitalista una viabilidad que mantenía la tensión de la ética del texto. La constante remisión a la situación actual, por ejemplo, comparando la presunta perfidia de la oposición a Roca con la Unión Democrática, al mismo tiempo que introducía una deshistorización evidente de la peculiaridad histórica, moldeaba a ésta con un sentido que buscaba manifestar su significado radical: la permanencia del ataque a lo “nacional-popular”.

Esta conjunción era complicada de articular en un relato simple. El surgimiento de la nación no pudo ser limitada a su mera autonomía (característica de un

nacionalismo *sans phrase*), pues existía una aspiración socialista. La revolución social no pudo desligarse de la preocupación por la actuación de las “fuerzas populares” que conformaban la nacionalidad porque ésta poseía su propio validez. La narración de Ramos mostraba las disyunciones temáticas y estilísticas obligadas por esta confluencia de dos fuentes disímiles. Tanto fue así que en esa trama se expresaba la tensión entre la afirmación de la nacionalidad pura y la confianza en el desarrollo de las fuerzas productivas⁶².

Desde una perspectiva que no sostuviera la convicción del marxismo de Ramos en la necesidad de un desarrollo económico la respuesta sería sencilla: los valores y las costumbres, el modo ancestral de vida de las comarcas del interior, eran siempre superiores al bullicio y la devastación que implicaba la apertura de ella a las mercancías extranjeras. La comunidad criolla se desvanecería, y la nostalgia de la tranquilidad nacional originaria debería resignarse al dominio del capital comercial extranjero y porteño. Este razonamiento, sin embargo, no podría ser el de Ramos, pues colisionaba sin reparos con la condición del crecimiento económico: la entrada de la Argentina al capitalismo. Su crítica se basaba en el modo subordinado de esa entrada, pero su necesidad le parecía ineludible.

Aquí podemos observar una diferencia específica con el resto de la historiografía nacionalista, tan dada a un decadentismo que veía en las tradiciones y costumbres pasadas una realidad siempre preferible a la modernización. Mientras Ramos mostraba una profunda simpatía por las montoneras del siglo XIX, no creía que las mismas pudieran hacer emerger una opción política como la que solamente con el peronismo estaría a la orden del día.

Mientras el pasado era esencial y dado, la realización del destino nacional, sin embargo, no residía en el pasado. En 1820 se podían adoptar posturas más “nacionales” que otras. Sin embargo, el momento de la emancipación estaba en el futuro.

En la mayor parte de su textualidad, vemos conjugarse esta pugna interna entre las dos aspiraciones que le dan sentido a la historia de Ramos. En 1949 Ramos planteaba que “[l]o indudable es que la abierta aparición del capitalismo europeo en el continente latinoamericano (en 1823 Inglaterra abre consulados en todos los 'países' y Baring Brothers realiza el primer empréstito en 1824), coincidió simétricamente con la pérdida efectiva de la autodeterminación nacional de América Latina”⁶³, queja que convivía, sin embargo, con la crítica a Rosas por detener el desarrollo necesario.

La narración de Ramos surgía en toda su dramaticidad en un tiempo en que creía arribado a una época de emancipación. Su convicción reclamada de marxista se comprendería por la persistencia de la condición semicolonial de la Argentina, la constitución de la clase obrera, la conformación de una clase burguesa potencialmente dirigente de una política democrático-burguesa y nacional. Su comprensión de la nación y el papel condensador y conductor de un caudillo hallaba el personaje necesario en J. D. Perón. Desde la época peronista fue que la historia precedente adquiriría sentido. No será extraño que comencemos por explorar el período de dotación de sentido de la historia. Con el peronismo se instituye el modelo que (aun incompleto y no libre de ciertas faltas) es el movimiento político y cultural a reivindicar, es la política a defender, es el programa a desarrollar. Hasta 1945 se podía realizar la crítica despiadada de la historia argentina. Luego del 17 de octubre fue posible mostrar qué se pudo haber hecho y qué no se hizo, de manera de someter al pasado a la contraluz del logro peronista.

La intervención de Perón -según Ramos- permitía la confluencia de una afirmación del carácter nacional de cierta burguesía con objetivos industrialistas⁶⁴. La permanencia del antagonismo siempre repetido en esta circunstancia no faltaba, sólo que ahora se medía, ya no en el enfrentamiento caudillos-mitristas, sino en la

contradicción económica del “país” con el imperialismo: “En un país semicolonial en crecimiento como la Argentina, los sectores sociales pueden dividirse en dos grandes grupos. Aquellos que encuentran su fuente de ganancias en el mercado internacional y los que producen para nuestro mercado interno”⁶⁵. Esta modernizada oposición era la transmutación del conflicto eterno. Sin embargo, la contemporaneidad del asunto y la existencia de la clase obrera como sujeto social y político llevaron a que Ramos encontrara otra salida al postular la preeminencia política de la clase obrera. Esta emergía como aquella de la revolución tradicional del marxismo, pero suplementada por la búsqueda de la autodeterminación nacional. “Con la fuerza de la evidencia”, señalaba Ramos, “comienza a comprenderse que la única clase capaz de unificar América Latina, consumir la revolución agraria y expulsar al imperialismo es la clase obrera”⁶⁶. Esto significaba la aceptación teórica de la incapacidad de las burguesías nacionales de las zonas dependientes para cumplir esas tareas. La conclusión política fue la siguiente: “La resolución de las tareas nacionales no verificadas por la burguesía, ha pasado por completo a manos del proletariado moderno, tanto de los países avanzados como de los atrasados”⁶⁷. Frente al imperialismo, la burguesía nacional –pese a sus contradicciones– siempre era una alternativa, o en todo caso una promesa. No puede sorprendernos que en el mismo libro en que hemos señalado la sospecha de la oculta tara de la burguesía nacional, en otras páginas Ramos indique, sin reproches, su potencialidad⁶⁸. Y es que esta tensión constituía una de sus alternativas menos claras, pero más recurrentes. Para su política “nacional y popular”, la búsqueda de aliados para la clase obrera era una operación siempre a la orden del día. Lo peculiar en la representación de Ramos era que los desatinos de la “burguesía nacional” eran explicados por razones económicas, y los de Perón por minusvalías ideológicas. La solución consistía en la iluminación política a través de la historia.

La defensa retrospectiva de las voluntades derrotadas (que pudieran identificarse con las masas peronistas) no fue, empero, una estrategia de Ramos. Es claro que encontramos aquí un problema de argumentación, puesto que el progreso posible venía de la mano del capitalismo y éste se reconocía en la economía de Buenos Aires. Pero Buenos Aires era la ciudad “fenicia”. Cuando sostenía la bandera de las fuerzas resistentes lo hacía en tanto éstas concentraban las cualidades nacionales más caras a Ramos, pero no por ello las consideraba históricamente viables.

La historia ajustaba cuentas; había sonado la hora de la rebelión largamente esperada. “En la mañana del 17 de octubre circulan, por la ciudad en fiesta, noticias alarmantes. En Avellaneda primero y luego en toda la Gran Buenos Aires, se ha declarado la huelga general. El movimiento se extiende como un reguero de pólvora a todo el país. Una fábrica tras otra se suma a la lucha. De una manera al parecer espontánea, pero gestada por un largo proceso, grandes masas se disponen a dar su veredicto ante la crisis institucional”⁶⁹. La tarea historiadora de Ramos concluye entonces en la anotación, ya citada, de la urgencia de constituir una alternativa política autónoma para la clase obrera. Escribir historia ya no era necesario si la disputa era más bien práctica, si los instrumentos eran más contundentes que las palabras. Como hemos visto anteriormente, en la práctica política a nivel más amplio la suerte de Ramos se vio menos beneficiada en su éxito por su comprensión histórica que cuanto lo deseaba. Su visión, sin embargo, estaba implicada en las concepciones político-historiográficas de su época.

Conclusiones

El desarrollo político e ideológico de Ramos puede ser pensado como un ejemplo paradigmático de la historia reciente de la izquierda argentina, y una muestra del peso que el fenómeno peronista y su particular vinculación con el proletariado, tuvo sobre la izquierda política e intelectual local. Ante un proceso de exacerbada lucha de clases, que caracterizó a la Argentina entre 1955 y 1976, durante el cual la identidad peronista de la clase obrera al mismo tiempo que se radicalizó se vio confirmada, la presión política y cultural sobre los referentes de la izquierda fue tan grande que quienes escaparon, aunque sea en alguna medida, a la cosmovisión nacional-populista constituyeron excepciones⁷⁰.

La tensión clásica entre revolución socialista y liberación nacional planteó el terreno donde la intervención de Ramos halló su especificidad. Con la emergencia del peronismo las contradicciones políticas y teóricas de su mirada nacionalista del marxismo (o bien marxista del nacionalismo) y las disputas conceptuales se transformaron en decisiones urgentes sobre cómo lidiar con un movimiento que poseía muchas de las características que el nacionalismo popular consideraba, ya desde FORJA, como las expresiones más valiosas de una salida autónoma a la hostilidad de las naciones imperialistas. Pero el peronismo no era un acontecimiento político creado por las fuerzas socialistas, sino que se impuso a ellas en tanto movimiento inesperado y ominoso.

El entrismo fue, en buena parte de la izquierda argentina, una búsqueda de hegemonizar un movimiento con el que se consideraba que no se podía competir. Para Ramos fue más que una fatalidad a la que había que transformar “desde dentro”, pues él veía más virtudes en el peronismo que, por ejemplo, las observadas por el morenismo. El esfuerzo por hegemonizar el peronismo, aun en los momentos en que más alejado se consideraba del mismo (entre 1955 y la creación del Partido Socialista de la Izquierda Nacional), pasó por el planteamiento de un debate *intelectual* plasmado en la historiografía. Tal estrategia se explica porque la “lectura ideal” de Ramos estuvo siempre ocupada por la intelectualidad y una fracción de los sectores dirigentes de la sociedad (la “burguesía nacional” y el Ejército).

En su práctica historiográfica, en la definición e invención de una tradición nacional-popular, hallamos una estrategia de reconocimiento que se dirigía implícitamente a la pequeña burguesía y la intelectualidad. En su comprensión histórica la reconstrucción narrativa pasaba por la ubicación de una tradición nacionalista, industrialista, populista, que evocaba los posteriores logros del peronismo.

Con su práctica política e intelectual, Ramos expresaba, sin duda de forma exagerada y extrema, el desarrollo de una izquierda que no pudo resolver para su proyecto socialista, el peso determinante del fenómeno peronista sobre la realidad argentina y que optó, a partir de condiciones ideológicas propicias, por asumir el nacional-populismo.

¹ En este trabajo nos guían en la comprensión del nacionalismo las perspectivas de Hobsbawm, E., *Naciones y nacionalismo desde 1870*, Crítica, Barcelona, 1991 y Anderson, B., *Comunidades Imaginadas*, FCE, México, 1993.

² Consideramos para este trabajo exclusivamente el período 1945-1976.

³ Ver James, D., *Resistencia e integración*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

⁴ Entre quienes intentaron ‘solucionar’ el problema planteado por la relación entre marxismo y nacionalismo en Ramos caracterizándolo como nacionalista, se destacan M. Peña y J.J. Sebrelí, quienes

dedicaron muchas y violentas páginas a polemizar con Ramos. Ver las reseñas de Peña en *Estrategia*, nro.1, de set. 1957 y *Liberación*, nro.4, ene-feb-mar. 1961. La discusión continuó en el largo debate que ese autor sostiene con Ramos en los distintos tomos de su *Historia del pueblo argentino* y en su polémica en la revista *Fichas*. El debate entre Peña y Ramos ha sido estudiado por Tarcus, H., *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, El cielo por asalto, Buenos Aires, 1996. De Sebreli se puede consultar *Tercer mundo, mito burgués*, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1974.

⁵ Para ese debate y el trotskismo de los años 30, ver Tarcus, op.cit., Coggiola, O., *Historia del trotskismo argentino (1929-1960)*, CEAL, Buenos Aires, 1985. González, E. (coord.), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, Antídoto, Buenos Aires, 1995, y de Sebreli, el artículo “El pensamiento perdido: Héctor Raurich. Las desventuras de la izquierda argentina”, en *Ciudades sobre ciudades y escritos bajo escritos*, Sudamericana, Buenos Aires, 1997.

⁶ Sobre FORJA, Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina, ver Scenna, M.A., *FORJA. Una aventura argentina*, 2da. edición, Ed. de Belgrano, Buenos Aires, 1983.

⁷ Ver Galasso, N., *Liberación nacional, socialismo y clase trabajadora*, Ayacucho, Buenos Aires, 1991. Allí destaca la participación de Justo en *Señales*, revista donde escribían los forjistas y sus contactos con exiliados apristas en Buenos Aires, ver pp. 35-36 y 70-71.

⁸ Un activista trotskista de los 40's establecía esa transición a partir del golpe del 43 y la hegemonía nacionalista en la política burguesa. Ver el artículo de M.Posse en *Boletín Teórico*, nro.1, de la Unión Obrera Revolucionaria, octubre de 1948, cit. en Justo, L., *Estrategia revolucionaria*, Gure, Buenos Aires, 1957.

⁹ Los grupos que impulsaron ambas publicaciones conocieron frecuentes y pendulares acercamientos y distanciamientos, hasta que a fines de los 50's el grupo que llegó a ser conocido como Frente Obrero (FO) perdió presencia y Ramos llegó a hegemonizar a toda la corriente de la *IN*. FO había sido la prensa del Partido Obrero Revolucionario Socialista (PORS) entre 1941 y 1943 y en setiembre del 45 había sido relanzado como expresión de un grupo dirigido por Aurelio Narvaja y Angel Perelman.

¹⁰ “La capitulación de los socialistas y stalinistas ante el imperialismo explica el apoyo obrero a Perón”, de *Frente Obrero* nro.2 (2da. época), oct. 1945. Reproducido en Narvaja, A., Perelman, A., y Ramos, J.A., *40 años de peronismo*, Mar Dulce, Buenos Aires, 1985.

¹¹ “Un mes de política nacional”, en *Octubre* nro.1, nov. 1945.

¹² Por ejemplo, el grupo FO participó activamente en la creación de la UOM. Ver Galasso, N., *La izquierda nacional y el FIP*, CEAL, Buenos Aires, 1983.

¹³ “La cuestión argentina y el imperialismo yanqui”, en *Octubre* nro. 2, nov. 1946. La gente de FO discutió la fórmula del ‘apoyo crítico’, pero no la política implicada.

¹⁴ Sobre este proceso ver Neiburg, F., *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Alianza, Buenos Aires, 1998.

¹⁵ La excepción, muy discutida, serían los 880 mil votos obtenidos en setiembre de 1973 para elegir la fórmula presidencial Perón-Perón, con una boleta diferenciada de la del PJ.

¹⁶ Ediciones de la Izquierda Nacional y Mar Dulce en los 60's, otra Octubre en los años 70's, y en los 80's nuevamente, Mar Dulce.

¹⁷ La influencia mutua entre Jauretche y Ramos fue importante y la producción intelectual de Hernández Arregui estuvo muy marcada por la perspectiva del último. Ver Neiburg, op.cit., para algunas de esas relaciones.

¹⁸ Un autor originario de la misma tradición, N. Galasso, ha destacado la deuda intelectual de Ramos para con los teóricos originales de las posiciones de la corriente: Aurelio Narvaja y Enrique Rivera. Ver los libros de Galasso antes citados.

¹⁹ No sólo los argumentos, sino inclusive los textos de los marxistas rusos en los que se sostenía Justo para su concepción de la cuestión nacional, son los mismos que utilizó Ramos, desde 1945.

²⁰ Estos temas están en los folletos reproducidos parcialmente en Justo, op.cit. El latinoamericanismo del APRA era a su vez deudor de la Reforma Universitaria de 1918.

²¹ Según una publicidad en *Izquierda Nacional*, nro.12, 1971.

²² Las tres ediciones de 1972, 1973 y 1974, fueron realizadas por la editorial Plus Ultra.

²³ La reseña está en *Qué*, n° 149, 25-9-57.

²⁴ Ver *Estrategia* nro.1 de set. 1957.

²⁵ Algunos de esos artículos fueron reproducidos en Methol Ferre, A., *La izquierda nacional en la Argentina*, Coyoacán, Buenos Aires, 1961.

²⁶ En el número de nov-dic. 1960, reeditado como libro al año siguiente.

²⁷ Ver la compilación de artículos periodísticos de Jauretche, en *Prosa de hacha y tiza*, Coyoacán, Buenos Aires, 1961.

²⁸ Previamente había pasado, con puestos de importancia, como ser el responsable de la prensa, por grupos que sostenían visiones opuestas respecto del tema, como el Grupo Obrero Revolucionario y la Liga Obrera Socialista, o que contenían a su interior, aparentemente, posiciones encontradas: el PORS.

²⁹ Las principales modificaciones pasaron por la valorización del nacionalismo, la burguesía local y el peronismo. Ver Rivera, E., *Cuadernos de Indoamérica*, nro.3, mimeo., Buenos Aires, 1955 y Andres, N. *La política nacional del trotskismo en América Latina*, Nuevo Curso, Buenos Aires, 1949, cuyas críticas influenciaron en Ramos.

³⁰ Octubre conoció una edición irregular que abarcó en total 5 números, entre 1945 y 1947 y fue el producto de alianzas políticas entre Ramos y corrientes que valoraban de manera diferente la cuestión nacional y el peronismo, antes de ser casi exclusivamente responsabilidad suya. Por esa razón, las posiciones defendidas en la revista, inclusive en un mismo número, son muy diferentes y a veces opuestas.

³¹ Ver los artículos de esa revista que llevan la firma de Víctor Guerrero y Jacinto Almada, los seudónimos que Ramos usaba por esos años.

³² “La cuestión argentina y el imperialismo yanqui”, en *Octubre* nro.2, nov. 1946.

³³ En *El imperialismo*, Lenin utiliza a la Argentina como un ejemplo de un país dependiente, aunque no semicolonial. Ver Lenin, V. I. *Obras Completas*, Cartago, Buenos Aires, 1973, t. XXIII, p.384.

³⁴ Las clases y los frentes en conflicto no diferían a grandes rasgos de los que postulaba el Partido Comunista (PC), aunque este fuera fieramente denostado por un Ramos que con ello se nombraba como auténticamente marxista frente a la "traición" stalinista.

³⁵ De todas formas, Lenin utilizaba el término ‘imperialismo’ de forma ambigua. A veces era una política exterior de las potencias europeas y a veces una etapa (económica) del capitalismo.

³⁶ Básicamente el prólogo de 1920 a *El Imperialismo*, contradictorio con la obra que precede y su discurso al II Congreso de la Internacional.

³⁷ Ver, Lenin, op.cit., t.XXIII, p. 363.

³⁸ Su interpretación básica la defenderá, incluyendo la apelación a la autoridad de Lenin y Trotsky, en varios textos de los 60’s, como fueron: *El Partido Comunista en la política argentina*, Coyoacán, Buenos Aires, 1962, “El marxismo y la cuestión nacional” en *La lucha por un partido revolucionario*, Pampa y cielo, Buenos Aires, 1964, e *Historia de la Nación latinoamericana*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1968, todos ellos reeditados en los 70’s.

³⁹ “La burguesía argentina y el imperialismo frente a la revolución de junio”, en *Octubre* nro.1, nov. 1945.

⁴⁰ *América Latina, un país*, Octubre, Buenos Aires, 1949, p.16.

⁴¹ Ver los artículos de *Democracia*, en *De Octubre a setiembre*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1959. Por ejemplo, p.30.

⁴² Op.cit.

⁴³ Ver la entrevista a Ramos en Strasser, C., *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Palestra, Buenos Aires, 1959.

⁴⁴ Ver los artículos de *Octubre* para la crítica tradicional y, *América Latina, un país* y los artículos compilados en *De Octubre a setiembre* para una denuncia del PC y al PS por ser ‘antinacionales’ y ‘extranjerizantes’. Esos tópicos se repiten en la mayoría de la producción historiográfica posterior de Ramos.

⁴⁵ Estos aspectos están reflejados en los documentos que la corriente generó desde fines de los 50’s. Ver los trabajos reproducidos en Spilimbergo, J.E., *De la izquierda cipaya a la izquierda nacional. El socialismo en la Argentina*, Octubre, Buenos Aires, 1974. La crítica a la nueva izquierda también se puede encontrar en varios artículos y libros de Ramos como “Los peligros del empirismo en la revolución latinoamericana”, *Izquierda Nacional*, nro.5, 1964 e *Historia de la Nación latinoamericana*, op.cit.

⁴⁶ Para este aspecto ver Gillespie, R., *Los soldados de Perón*, Grijalbo, Buenos Aires, 1987.

⁴⁷ Ver los artículos de la revista *Política*, de 1958.

⁴⁸ Una parte de la carta abierta de Ramos a Eisenhower publicada en el semanario *Santo y Seña*, en 1960, fue reproducida en Peña, M., *Industria, burguesía industrial y liberación nacional*, Fichas, Buenos Aires, 1974.

⁴⁹ Ver Galasso, *La izquierda nacional...*, op.cit.

⁵⁰ *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Amerindia, Buenos Aires, p. 458.

⁵¹ Para el tratamiento que hacía Ramos del problema de la cultura y los/as intelectuales, ver *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, Indoamérica, Buenos Aires, 1954 y el prólogo al libro de Manuel Ugarte, *El porvenir de América Latina*, Indoamérica, Buenos Aires, 1953.

⁵² *América Latina: un país*, p. 7.

⁵³ *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, p.235.

⁵⁴ Esto no niega que su uso de tales categorías fuera “poco seria”, según la opinión de Halperin Donghi, T., *El revisionismo histórico argentino*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1970.

⁵⁵ *Polémica sobre los modos de producción en Iberoamérica*, cuadernos universitarios de AUN (Agrupación Universitaria Nacional), Buenos Aires, sin fecha, ca. 1969.

⁵⁶ *América Latina: un país*, p. 58.

⁵⁷ Esto no significa que la historia económica lo haya preocupado sobremanera. La historia política, por motivos que veremos, fue el registro definitorio de su escritura.

⁵⁸ Un colaborador de Ramos nos decía recientemente que ésta era una de las intuiciones más originales de aquel, y que luego pasó a una historiografía que no reconoció su deuda. Entrevista con Jorge E. Spilimbergo con los autores, Buenos Aires, 27 de octubre de 1999.

⁵⁹ “Desde el punto de vista de la formación de la 'nación', en realidad, esa independencia fue prematura en el sentido de que truncó todo posterior desenvolvimiento autónomo de la economía continental. América Latina fue sometida por el capitalismo europeo, que después de 'balcanizarla', la arrastró y adaptó en su carrera como un complemento colosal de sus metrópolis industriales” *América Latina: un país*, p. 8.

⁶⁰ Al menos en una ocasión, la función política de la escritura de Ramos sufrió la torsión de una exigencia que no era suya propia: en *Alem, historia de un caudillo*, Raigal, Buenos Aires, 1951, expresaba una valoración de L. N. Alem y de J. A. Roca evidentemente dirigidas a satisfacer las necesidades exigidas por quienes solicitaron los servicios de su pluma.

⁶¹ *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, p. 152. Quizás también lo es en relación con su utilización de obras de investigación como insumo de sus textos. Salvo excepciones, la historiografía argentina de entonces era predominantemente política, y la conexión de los estudios sociales y económicos aparecen como auxiliares explicativos del análisis de las decisiones y actitudes de las personas y los grupos sociales.

⁶² En este contexto debemos señalar que la comprensión que Ramos tiene del desarrollo era claramente uno pensado en términos de las “fuerzas productivas”. Esta formulación era parte de su comprensión determinista del marxismo. En Ramos, la teoría marxista existía como teoría económica de la historia, y no como teoría de la lucha de clases. Esta lectura era de alguna manera forzada por la imposibilidad, desde una postura “nacional y popular”, de distinguir radicalmente entre la clase obrera y los sectores burgueses “progresistas”, en quienes Ramos halló aliados casi siempre rescatables.

⁶³ *América Latina: un país*, p. 66.

⁶⁴ Debemos aclarar que en el citado artículo del número 1 de *Octubre* la valoración de Perón era muy diferente. La permanencia del mismo ante el empuje del proletariado le parecía improbable.

⁶⁵ *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, p. 426.

⁶⁶ *América Latina: un país*, p. 22.

⁶⁷ Op.cit., p. 23.

⁶⁸ “La unificación política de América Latina, dejada en pie por Bolívar, ha sido puesta hoy en el juego de la historia por una nueva clase, surgida de las convulsiones financieras y militares del imperialismo: la burguesía industrial latinoamericana y sobre todo argentina”. Ver op.cit., p. 10.

⁶⁹ *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, p. 413.

⁷⁰ Ver Terán, O., *Nuestros años sesenta*, Puntosur, Buenos Aires, 1991. AA. VV. *Cultura y política en los años '60*. Universidad de Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani, 1997.